

Prot. No. 200

**HOMILÍA CATEQUÉTICA
EN LA APERTURA
DE LA SANTA Y GRAN CUARESMA**

+ BARTOLOME
POR LA MISERICORDIA DE DIOS
ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA-NUEVA ROMA
Y PATRIARCA ECUMÉNICO
A LA PLENITUD DE LA IGLESIA,
QUE LA GRACIA Y LA PAZ
DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO,
JUNTOS CON NUESTRA ORACIÓN, BENDICIÓN Y PERDÓN
SEAN CON TODOS VOSOTROS

Muy honorables hermanos, hijas e hijos benditos en el Señor,

Con la complacencia y la gracia de Dios, el dador de todas las cosas buenas, estamos entrando en la Santa y Gran Cuaresma, la arena de las luchas ascéticas. La Iglesia conoce los laberintos del alma humana y el hilo de Ariadna, el camino para salir de todo estancamiento espiritual: la humildad, el arrepentimiento, el poder de la oración y los servicios sagrados, la contrición, el ayuno que elimina las pasiones, la paciencia, la obediencia a la regla de piedad. Por eso la Iglesia nos invita una vez más este año a un camino de inspiración divina, cuya medida es la Cruz y cuyo horizonte es la Resurrección de Cristo.

La veneración de la Cruz en medio de la Santa y Gran Cuaresma revela el significado de todo este período. La palabra de nuestro Señor resuena con fuerza: *“El que quiera seguirme... levante cada día su cruz y sígame”* (Lc 9,23). Estamos llamados a levantar nuestra propia cruz, siguiendo al Señor y contemplando su cruz vivificante, con la conciencia de que el Señor es el que salva y no el levantamiento de nuestra cruz. La Cruz del Señor es *“el juicio de nuestro criterio”, “el juicio del mundo”* y, al mismo tiempo, la promesa de que el mal en todas sus formas no tiene la última palabra en la historia. Mirando a Cristo y bajo su protección, como Aquel que permite nuestra lucha, mientras bendice y fortalece nuestro esfuerzo, peleamos la buena batalla, *“afligidos en todo, pero no aplastados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no destruidos”* (2 Cor 4,8-9). Esta es la quintaesencia de la experiencia también durante el período actual de la Cruz y la Resurrección. Estamos en un camino hacia la Resurrección a través de la Cruz, a través de la cual *“la alegría ha llegado a todo el mundo”*.

Algunos de ustedes se preguntarán por qué la Iglesia, en medio de la pandemia actual, agregaría a las restricciones de salud ya existentes otra “cuarentena”, a saber, la Gran Cuaresma. De hecho, la Gran Cuaresma es también una “cuarentena”, un período que dura cuarenta días. Sin embargo, la Iglesia no pretende debilitarnos más con obligaciones y prohibiciones adicionales. Al contrario, nos llama a dar sentido a la cuarentena que estamos viviendo como consecuencia del

coronavirus, a través de la Gran Cuaresma, como liberación de la esclavitud a “las cosas de nuestro mundo”.

La lectura del Evangelio de hoy establece las condiciones de esta liberación. La primera condición es el ayuno, no en el sentido de abstenerse solo de alimentos específicos, sino también de aquellos hábitos que nos mantienen apegados al mundo. Tal abstinencia no es una expresión de desprecio por el mundo, sino una condición previa necesaria para reorientar nuestra relación con el mundo y para experimentar la alegría única de descubrir el mundo como dominio del testimonio cristiano. Por eso, incluso en esta etapa de ayuno, el acercamiento y la experiencia de la vida de los fieles tienen una dimensión pascual, el sabor de la Resurrección. El “ambiente cuaresmal” no es deprimente, sino alegre. Es la “gran alegría” que el ángel proclamó como buena noticia “a todos” con el nacimiento del Salvador (Lc 2,10). Esta es la inquebrantable “plenitud de gozo” (1 Jn 1,4) de la vida en Cristo. Cristo está siempre presente en nuestra vida, está más cerca de nosotros que nosotros mismos, todos los días de nuestra vida, “hasta el fin de los siglos” (Mt 28,20). La vida de la Iglesia es un testimonio inquebrantable de la gracia que ha venido y de la esperanza del Reino, de la plenitud de la revelación del misterio de la Economía Divina.

La fe es la respuesta a la amorosa condescendencia de Dios hacia nosotros; es el “Sí” de toda nuestra existencia a Él, que “inclinó los cielos y descendió” para redimir al género humano “de la esclavitud del enemigo” y para abrirnos el camino hacia la deificación por la gracia. El amor sacrificado al prójimo y el “cuidado” de toda la creación brotan y se nutren de este don de la gracia. Si este amor caritativo por los demás y la preocupación divina por la creación están ausentes, entonces mi prójimo se convierte en “mi infierno” y la creación se abandona a fuerzas irracionales, que la transforman en objeto de explotación y en ambiente hostil para la humanidad.

La segunda condición de la liberación prometida por la Gran Cuaresma es el perdón. Una “espiritualidad cerrada” que se nutre de la negación y el rechazo del “otro” y del mundo, borra el amor, el perdón y la aceptación de lo diferente produce el olvido de la misericordia divina y de la inefable beneficencia de Dios, el incumplimiento del mandamiento del Señor de convertirnos en “sal de la tierra” y “luz del mundo” (Mt 5,13-14), y una falsa transformación del modo de vida cristiano: sin embargo, esta actitud de vida estéril y arrogante es denunciada enfáticamente por la palabra del Evangelio en los tres primeros domingos del Triodion.

Se sabe que tales extremos prevalecen especialmente durante los períodos en que la Iglesia invita a sus fieles a la disciplina espiritual y la vigilancia. Sin embargo, la auténtica vida espiritual es un camino de renovación interior, un éxodo de nosotros mismos, un movimiento amoroso hacia el prójimo. No se basa en síndromes de pureza y exclusión, sino en el perdón y el discernimiento, la doxología y la acción de gracias, según la sabiduría experiencial de la tradición ascética: *“No es la comida, sino la glotonería lo que es malo ... no hablar, sino hablar inútilmente ... no el mundo, sino las pasiones”*.

Con esta actitud y estos sentimientos, unimos nuestras oraciones a todos ustedes, amados hermanos e hijos, para que podamos superar definitivamente la letal pandemia y responder rápidamente a sus consecuencias sociales y económicas. Y pedimos también vuestras súplicas por la reapertura de la Sagrada Escuela Teológica de Halki, después de un largo período de cincuenta años que ha pasado desde que su silencio se impuso externamente y de manera totalmente injusta, al dar la bienvenida a la Santa y Gran Cuaresma en la Iglesia, cantando y cantando juntos "*Dios está con nosotros*", a Quien pertenece la gloria y el poder de los siglos sin fin. ¡Amén!

Santa y Gran Cuaresma 2021
B(ARTOLOMÉ) de Constantinopla
Ferviente suplicante por todos ante Dios

Léase en los templos el domingo 14 de la abstinencia de los lácteos luego de santo evangelio